

**ENCUENTROS EN VERINES 1994**  
**Casona de Verines. Pendueles (Asturias)**

EL JUEGO, EL LABERINTO

Carlos Casares

Muy cerca de la localidad gallega de Marín, en la ría de Pontevedra, sobre una gran laja situada al aire libre, a unos pocos metros de la costa, hace más de dos mil años alguien grabó con un cincel o un instrumento similar una extraña figura geométrica que hoy conocemos con el nombre del Laberinto de Mogor. A primera vista podría recordar el dibujo de un cerebro humano, con sus lóbulos y circunvoluciones, aunque un alumno de una escuela primaria dijo en una ocasión que le parecía más bien una nuez partida por la mitad.

Durante años, arqueólogos y antropólogos se empeñaron inútilmente en descifrar el significado de este grabado rupestre prehistórico. Para unos sería un motivo religioso relacionado con un indeterminado culto solar, mientras que para otros tendría que ver con los ritos y las ceremonias de la fecundidad. Ninguna de ambas interpretaciones alcanzaría un mínimo consenso, al estar más en la intuición o la imaginación de sus autores que en los datos objetivos de un estudio riguroso.

Como si de un nudo gordiano se tratase, alguien decidió un día cortarlo de un tajo para poder desenmarañar los hilos que formaban el laberinto. Fue don Vicente Risco, que logró reducir el embrollo a un conjunto ordenado en líneas y puntos, permitiendo de esta manera un mejor conocimiento, si no del significado simbólico del enigma, por lo menos de su estructura o construcción. Por un procedimiento muy sencillo, que consiste en trazar primero una cruz y a continuación un cuadrado imaginario, resulta muy fácil dibujar la curiosa figura de Mogor.

El esfuerzo de Risco, sin embargo, se agotó en su propio impulso. Sabemos cómo está construido el laberinto, conocemos las partes de que consta, incluso podemos reproducir paso a paso el procedimiento ordenado de que debieron seguir sus creadores originales. Este conocimiento detallado no nos permite, en cambio, desvelar el misterio que se encierra entre las curvas que conforman su intrincado espacio interior.

Probablemente no sería justo calificar de inútil el trabajo de Vicente Risco, pero es lícito preguntarse si este tipo de procedimientos allanan el camino hacia la comprensión del significado.

En la actualidad estamos lejos de considerar el laberinto de Mogor como un hecho aislado o como la prueba más antigua de una singularidad cultural. Esta interpretación, en otros tiempos tan querida por los buscadores interesados de anodinos fenómenos diferenciales, está hoy absolutamente desacreditada. Yo mismo le he oído contar a Basilio Losada, hace años orgullosamente convencido de pertenecer a un pueblo con rasgos culturales de una fuerte originalidad, la sorpresa y la decepción que sufrió el día que tuvo la prueba evidente de que eso no era cierto.

Sucedió en una clase de don Luis Pericot, en la Universidad de Barcelona, allá por los años 50. El sabio historiador catalán, hablando un día de las inscripciones rupestres que existen en distintas partes de la Península, preguntó si algún alumno sabía de la existencia del Laberinto de Mogor. Al instante, Basilio Losada levantó la mano y se puso en pie. En ese mismo momento, el profesor tuvo la evidencia de que se trataba de un alumno gallego. Lanzándoles un reto que estaba seguro que iba a ganar, le dijo que si sabía dibujar el laberinto, le daría la asignatura por probada.

Gracias a don Vicente Risco, Basilio Losada pasó sin esfuerzo especial por la cátedra de don Luis Pericot, pero tuvo que sufrir una de las decepciones más grandes de su vida. Cuando volvía triunfante del encerado después de trazar delante de una audiencia sorprendida aquel jeroglífico incomprensible, pero extraordinariamente elegante y bello, una no menos sorprendida alumna norteamericana se levantó para decirle al profesor Pericot que ella también sabía dibujar aquella figura. Invitada hacerlo cumplió su objetivo siguiendo, eso sí, un procedimiento diferente que su compañero de curso. Como explicación se limitó a decir que aquel laberinto lo pintaban en América unas tribus indias de Arizona conocidas por los nombres de “hopi” y “pima”.

La decepción de Basilio Losada lo convirtió al mismo tiempo al internacionalismo proletario que le costó algunos disgustos con la policía y a un escepticismo inteligente respecto de las llamadas peculiaridades culturales que le obligó a abrir los ojos hacia el mundo y a aguzar la sensibilidad para descubrir que había también peculiaridades sin fronteras, es decir, esa manera de ver el mundo en el que la singularidad mayor consiste en que cada ser humano ve a los demás desde su propia historia y su propia experiencia, no desde esa nube lejana y distante que algunos aún siguen llamando cosmovisión o, lo que es todavía pero, Weltanhang.

Como han demostrado estudios posteriores, laberintos como el de Mogor se encontraron en cerámicas pintadas en Siria, en los reversos de monedas cretenses, en grandes rocas de Italia, en las localidades inglesas de Tintagel y Cornwall, además de un lugar de Irlanda que lleva un nombre simbólicamente blasfemo para todo amante de las buenas costumbres singulares: Hollywood. Si por una intervención de esas meigas que algunos consideran marca privativa de mi tierra, los viejos románticos inventores del mito de la peculiaridad gallega hubieran sabido que una de las pruebas de nuestra personalidad diferenciada iba a ir emparejada con un nombre semejante, probablemente el Laberinto de Mogor no hubiera llegado hasta nuestros días.

Afortunadamente, sin embargo, allí está. Quienes se acercan hasta las proximidades de Marín para contemplarlo coinciden en que se trata de una figura hermosa y de una rara modernidad de diseño, para decirlo con una blasfemia no menor que la citada anteriormente. Los más observadores advertirán además que el laberinto tiene una puerta de acceso y que siguiendo unas pocas reglas muy sencillas no será difícil llegar al centro del hogar. Es decir, que en realidad no se trata de una trampa, sino de un juego. Todo depende del espíritu que el visitante adopte a la hora de penetrar en sus vericuetos.

Dicen que una colonia de ratones introducida en un laberinto se comporta con despreocupación alegre hasta que alguno de los animales, perturbado tal vez por las vueltas absurdas que se ve obligado a dar, adopta una conducta de apariencia histérica. A partir de ese momento, los investigadores apartan a los demás y se quedan con ese ratón, que se convierte en el objeto único de estudio. Podría decirse que la selección la establece el propio laberinto. Solamente el ratón que pierde el sentido del juego, aquel que transforma la divertida red de caminos en una apuesta dramática, alcanza la categoría de un ser diferente.

Al llegar a esta altura habréis advertido que partir de aquí el discurso se empieza a complicar y que la metáfora corre el riesgo de hacerse interminable. Para salir de ella no se me ocurre otra cosa que declararme cómodamente instalado en el laberinto, esperando que alguien me saque de su interior como a un pacífico ratón. Mejor eso antes que perderse entre sus paredes engañosas y que a uno lo declaren singularidad. En mi caso, además, me obligarían después a vestirme de bruja, de trasgo, de Merlín o de Álvaro Cunqueiro, es decir, de gallego raro, condenado de por vida a ir vestido con el capirote de lo peculiar.

Es preferible extraviarse en el laberinto para jugar como juegan tantas personas en le mundo, convencidos de que no hay ningún enigma que descubrir y que el reto no consiste en otra cosa que perderse una y otra vez, dar vueltas y más vueltas alrededor del mismo punto, para comprobar divertidos que los otros irónicos que nos contemplaron al vernos pasar varias veces por el mismo sitio, son los mismos que nos encontramos minutos antes, convencidos de que caminaban hacia adelante cuando en realidad caminaban hacia atrás. Quienes se lo tomen demasiado en serio corren el riesgo de no salir jamás de su interior.